

Colonias de verano Altamura



Para niños y niñas desde 4 años
 Información: Colegio Altamura
 Tno: 250244 - Muriedas - Sautauder

Programa especial para chicos y chicas de 13 a 16 años
 Travesía por los PICOS DE EUROPA.



III GRAN PREMIO ATKINSONS

Se ha celebrado, en el madrileño hipódromo de la Zarzuela, el III Gran Premio ATKINSONS. En la foto, la señora de Baró hace entrega de la copa al señor Blasco, propietario de la Cuadra Rosales, a la que pertenece el caballo ganador.

serían las dos caras de una misma moneda. La verdadera política cultural, asentada en el compromiso con las gentes de teatro de la ciudad, abierta a la compatible presencia de los espectáculos más serios de todo el país, hospitalaria a las iniciativas del teatro independiente, entendida como un estímulo de la creación teatral, pendiente de ampliar la proyección social de las representaciones... esa política, digo, está por hacer.

Y nadie tome este comentario como un rechazo de los nuevos Nacionales. La iniciativa, en principio, está bien. Pero buenas eran, en teoría, las Campañas. Y los Festivales de España. Y el Nacional de Barcelona. Y tantas otras cosas que no pasaron de la solemnidad o el éxito ocasional, sin construir nada realmente sólido y continuado...

Si hubiera que resumir cuanto pienso en una frase, uría que ha llegado la hora radical de la descentralización, de posibilitar las voces de cada lugar. Y que los Nacionales pueden estar al servicio de esa necesidad o exactamente de todo lo contrario.

■ JOSE MONLEON.

«Ubú Rey» en el Alfil

Dentro de los miércoles del Alfil, reservados para grupos independientes, la presencia de Caterna, de Gijón, constituyó una agradable sorpresa. Esta vez no se produjo el aburrimiento de otras ocasiones ni fue necesario justificar el trabajo en razones ajenas al trabajo mismo. Caterna pretendía divertir al público, hacerle participar en el espectáculo y burlarse de una serie de falsos valores y sólidas instituciones; cosas todas ellas que logró tomando el «Ubú Rey», de Jarry, como pauta.

Naturalmente, desde aquel famoso «merde» del autor francés hasta hoy han pasado muchas cosas; y lo que fuera un día pieza de escándalo estético e inusitada agresión ideológica a la

burguesía francesa es ya una obra clásica, raíz de un frondoso árbol dramático. De algún modo, todo el llamado teatro del absurdo tiene en Occidente a Jarry como gran padre, aunque, frente al nihilismo de un Beckett o el escepticismo radical de un Ionesco, en Jarry prevalezca un anarquismo crítico profundamente incisivo y nitidamente proyectable sobre nuestra vida social. «Ubú Rey» es, en fin, uno de los grandes y primerizos testimonios teatrales de una crisis que no ha hecho sino acentuarse con el paso de los años. De ahí la repetida vuelta, directa o indirecta, a las propuestas de Jarry. De ahí, también —y éste sería un dato claro para juzgar el curso de la historia— la familiaridad con que un grupo y un público contemporáneos tratan lo que fuera un día la más audaz de las vanguardias. Entre nosotros, la tradición estilística de grupos como Tábano o Els Joglars está impregnada de elementos claramente ubuescos.

Así no debe sorprendernos que Caterna, de Gijón, haya manejado el texto sin ningún empacho, transformando a «Ubú» en un «clown», y a la «Madre Ubú» en una especie de arquetipo del folklore y de la política españoles. El grupo, en realidad, quiere aprovecharse del «Ubú Rey» más que representarlo; y así, lo rehace para centrar el trabajo en aquellos puntos cuya vigencia crítica y fácil comunicabilidad son evidentes, transformando así la que siempre fue pieza minoritaria en espectáculo de aspiración popular. Libertad legítima no sólo por una concepción abierta y no literaria del hecho teatral, sino por la saludable irreverencia del mismo Jarry.

El trabajo de Caterna posee, dentro de su ingenio, una evidente irregularidad. La atomización del drama, su estructura fraccionada, impiden que las escenas se apoyen entre sí. La imaginación ha de construirlo todo cada vez. Por eso, incluso los

montajes más fieles de «Ubú Rey» tienen esa desproporción, contra la que ha solido luchar planteando refundiciones de todos los textos de Jarry sobre el personaje Ubú, quedándose con los más felices.

Los de Caterna, pese al libérrimo planteamiento de su versión y de su montaje, no podían escapar a esta característica del «Ubú Rey». Y así, su trabajo, dentro de la gracia general y los hallazgos deslumbrantes de varias escenas, adolece de cierta longitud y algún que otro vacío, sobre todo en la parte final. El grupo, reducido, formado sólo por hombres, con un planteamiento escénico nada pedante, sale, en fin, muy bien del paso, con un trabajo que merece sin duda ser calificado entre los más frescos e ingeniosos de cuantos ha presentado el Alfil hasta la fecha.

■ J. M.

CINE

Amores adolescentes

Casi todo cuanto quedaba dicho en nuestra crítica a «Les zozos», de Pascal Thomas (TRIUNFO número 627) podría repetirse ahora respecto a su segundo largometraje, «Pleure pas la bouche pleine» (1973): el mismo mundo provinciano —acentuada aquí su vertiente rural—, parecidas cuestiones de la adolescencia, personajes similares e idéntico enfoque que costumbrista y cordial dentro de una tradición del cine francés que hallaría sus máximos representantes en Pagnol y Renoir. La única variación sustancial entre ambas películas radica en el sexo de su protagonista: mientras en «Les zozos» asistíamos a las aventuras y desventuras de dos adolescentes masculinos, si-